

Cuadernos del reblaje

Nº 68 octubre - diciembre 2025

La última raya del mapa



Carlos Pérez Torres

Prólogo **Joaquín Palmerola**

Obra artística **Pérez Almeda**

Cuadernos del Rebalaje

Nº 68 | Octubre - diciembre 2025

DL : MA 702-2016 | ISSN (ed. impresa): 2530-6286 / (ed. digital): 2174-9868

Publicación monográfica sin ánimo de lucro, de periodicidad trimestral.

Editada desde 2010 por la asociación cultural Amigos de la Barca de Jábega.

DIRECCIÓN

M^a Luisa Balbín Luque

CONSEJO DE REDACCIÓN

M^a Luisa Balbín Luque

Juan Antonio Camiñas Hernández

Mariano Díaz Guzmán

Gregorio Martín Caballero

Eloísa Navas Martín

Javier Ramírez González

ASESORÍA FOTOGRÁFICA

Mercedes Jiménez Bolívar

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Estefanía González Hijano

IMPRESIÓN

MayorPrint

Cuadernos del Rebalaje se difunde preferentemente en formato electrónico por Internet. Tiene como objetivo divulgar conocimientos relacionados con el mar Mediterráneo y su vinculación con la costa malagueña y andaluza, sus gentes, embarcaciones, tradiciones y costumbres desde el punto de vista antropológico, histórico, geográfico, científico-técnico, artístico o de creación literaria.

La revista no comparte necesariamente las opiniones expuestas en los trabajos publicados. Los autores de estos y de las imágenes originales se reservan los derechos protegidos por la ley, autorizándose su uso y difusión siempre que se cite procedencia y autoría.

Más información y acceso libre a todos los números en <https://www.amigosjabega.org/cuadernos-del-rebalaje>

✉ cuadernosdelrebalaje@gmail.com

Amigos de la Barca de Jábega está inscrita en el Reg. de Asociaciones de Andalucía con el nº 9210 de la Sección 1. (Resolución de 29/07/2010) y en el Reg. Municipal de Málaga de Asociaciones y Entidades con el nº 2372. (Resolución de 27/09/2010). Domicilio social en el IES "El Palo". Camino Viejo de Vélez, s/nº. 29018 - MÁLAGA.

✉ abjcontacto@gmail.com

Presidente de Honor: Fernando Dols García

Presidente: Javier Ramírez González

Vicepresidenta: M^a Luisa Balbín Luque

Secretaria: Mercedes Jiménez Bolívar

Tesorero: Mariano Díaz Guzmán

Vocales: Gregorio Martín Caballero y Eloísa Navas Martín



PORTADA

Marengos.

Óleo. 1979. Pérez Almeda.

La última raya del mapa



Color en pescadería. Óleo. 1997.

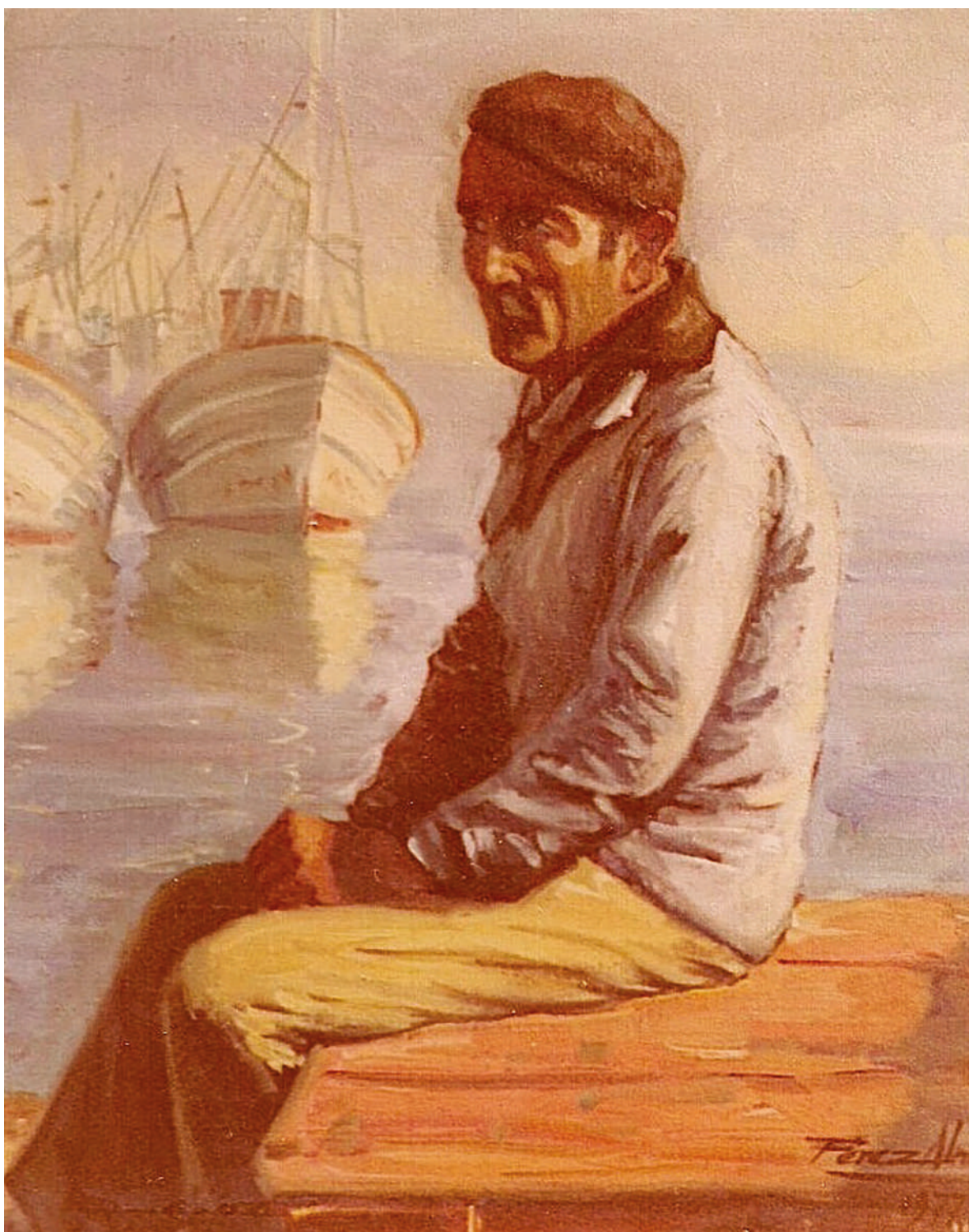
Carlos Pérez Torres
Prólogo Joaquín Palmerola
Obra artística **Pérez Almeda**



Cuadernos del Rebalaje nº 68



Gobernando las artes, I. Óleo. 1988.



Marengo pensativo. Óleo. 1978.

Sumario

- Carlos Pérez Torres, un faro en la poesía andaluza. Joaquín Palmerola Cánovas
- Recordando a mi padre
- La última raya del mapa

Carlos Pérez Torres, un faro en la poesía andaluza

Joaquín Palmerola Cánovas

Pródigo en la creación literaria y no solo poética, este malagueño con hondas raíces cordobesas atesora a estas alturas de su trayectoria vital un excepcional bagaje que le sitúa en la élite de los virtuosos de la palabra, versión andaluza. Nació cerca del azul Mediterráneo y vivió un tiempo y creció en la mítica barriada de El Palo, viendo los tornos y las barcas de los pescadores nada más salir del colegio, percibiendo desde ahí toda la esencia que acompaña las artes de la pesca y el misterioso encanto de la jábega. Porque su padre, el eximio pintor además de maestro Enrique Pérez Almeda, pontanés de nacimiento y malagueño de adopción, immortalizaba entretanto múltiples escenas cercanas al rebalaje, también desde Pedregalejo, los Baños del Carmen o Huelin.

Por tanto, conectar la figura del poeta y escritor Carlos Pérez Torres con Málaga y Córdoba parece una manera recomendable de profundizar en su obra. Ambas localidades, con sus características únicas, pudieron haber influido de forma significativa en su pensamiento y su escritura, creando un contraste y una riqueza que definen su estilo. Él mismo lo declara, por ejemplo, en el final de su Retorno literario a Córdoba: *Dejadme recorrer la Judería. / Que al mágico esplendor del Califato / yo vuelva de mi enclave nazarita. / De pronto estallará la poesía: / vendrá para sellar mi anonimato / un zéjel de silencio en La Mezquita.*

El mar de Málaga es la inspiración inmediata. En particular el barrio de El Palo le proporcionó a Carlos una conexión directa con los ecos incansables de las olas. Este entorno marino es una fuente inagotable de imágenes y sensaciones que se vislumbran y reflejan en su poesía, plagada de libertad y horizonte: el mar es un símbolo de vastedad, de lo inabarcable. La vida en un barrio de pescadores, con el constante ir y venir de las barcas, los atardeceres sobre el agua y la brisa salobre, pudo haber imbuido su obra de una sensación de apertura en búsqueda de nuevos horizontes.

Y, de otro lado, la pesca no es solo un oficio; es una lucha diaria contra los elementos. Esta realidad de esfuerzo, de dependencia del clima y de la fuerza del mar, puede interpretarse en sus versos como metáfora de la existencia

humana, la perseverancia y la vulnerabilidad. La poesía de Carlos destila sensualidad y ritmo: el sonido de las olas, el olor a salitre, el tacto de la arena; todos estos elementos sensoriales podrían haber dado el tono vibrante y rítmico de sus composiciones, conectándolas con la vida cotidiana y con la naturaleza en su estado más puro.

Veamos un ejemplo en este **Brindis por Málaga**:

Por tu sangre de historia y mestizaje,
tus símbolos, tu identidad, tu apego
de esdrújula mirada al mar, sosiego
y pesadilla, orilla y oleaje.

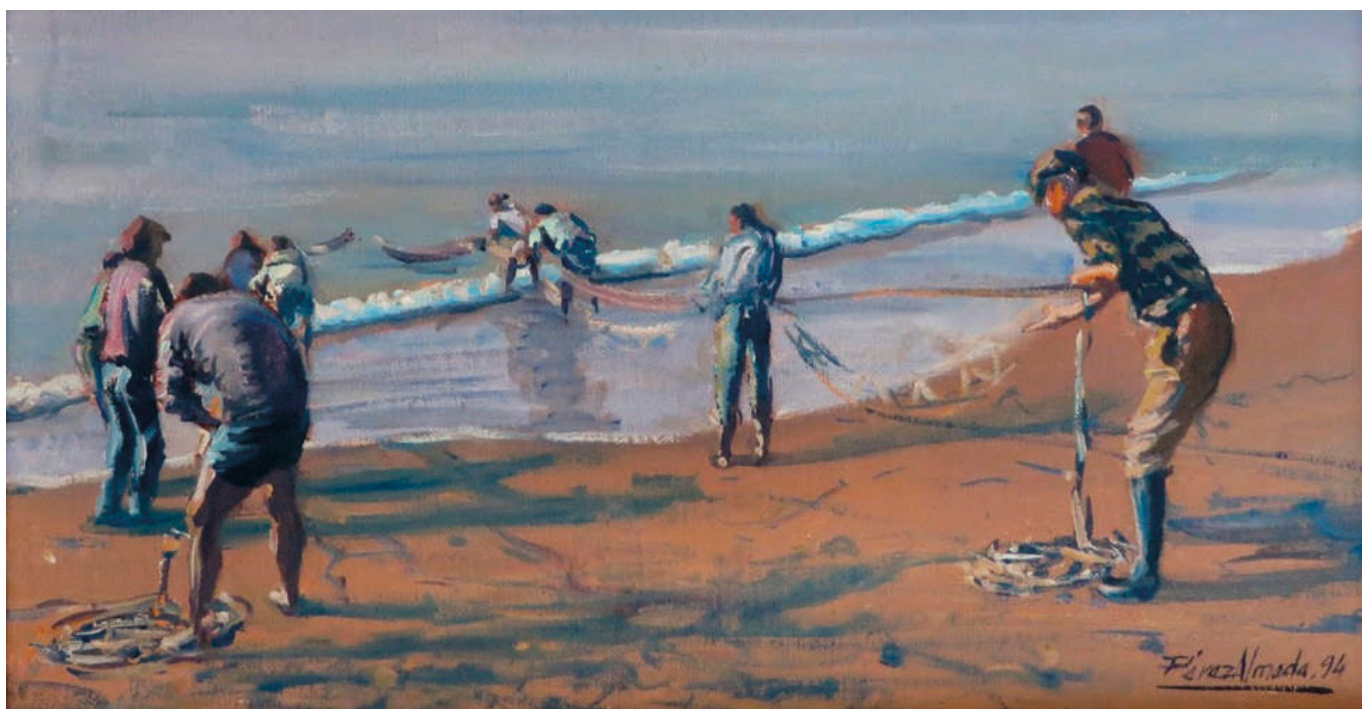
Fundido en ti, pieza de tu engranaje
-sencilla conclusión a la que llego-
puntal, clave del sur, a ti me entrego,
ciudad del paraíso más salvaje.

Gozosamente abrazo tu cintura,
zarabanda de luz malacitana.
El Parque y la Alameda son testigos

del vaso que hoy mi corazón apura
por ti, mi singladura cotidiana,
tus calles, los recuerdos, mis amigos.

Si a esto unimos el hecho de que su tío, el formidable vate Antonio Almeda, (*¿Por qué regreso aquí, por qué porfío/ siempre en la misma fecha, siempre a punto? / A mis abderramanes les pregunto. / Y a ti, Góngora fiel, poeta mío.*) guió sus primeros pasos hacia el fervor y la claridad de la poesía con dotes magistrales, tendremos como resultado la notable cosecha lumínica que alumbra con vocacional pasión el talante de Carlos Pérez Torres.

Y claro, ¿quién no cree en la influencia subterránea de nuestros respectivos ancestros a la hora de evaluar comportamientos y tendencias? Aunque nuestro protagonista no creció en Puente Genil, sus raíces familiares de esta localidad cordobesa pudieron haberlo conectado con una tradición de pensamiento más profunda y reflexiva. Córdoba, con su rica historia cultural, es la cuna de uno de los filósofos estoicos más renombrados. Ahí podemos tener una de las claves sobre la hondura y reflexión que se



Sacando el copo. Óleo. 1994.

desprenden de todos y cada uno de los versos creados por Carlos. Una influencia “senequista” no se refiere solo a la filosofía de Séneca, sino a una forma de pensar calmada, introspectiva y moralmente rigurosa. Esta herencia ancestral podría haberle dado a la obra de Carlos Pérez Torres una segunda capa, un contrapunto a la inmediatez y el vitalismo del mar malagueño.

Mientras que Málaga representa lo externo y lo visible (el mar, el sol), Puente Genil y su conexión con Córdoba simbolizan lo interno, el “paisaje” del alma. Esta dicotomía entre el mar abierto y la tierra interior podría ser la clave de la profundidad de su pensamiento. Y aquí entraríamos en la dualidad de la existencia: es fascinante la idea de un poeta que vive con un pie en el vitalismo del mar y el otro en la quietud de la reflexión.

La obra de Carlos podría ser el resultado de esta dualidad: una poesía que es a la vez libre y estructurada, pasional y meditada, sensorial y filosófica. Podríamos hablar de un poeta forjado por el temperamento de dos mundos: el de la luz y el movimiento de Málaga y el de la reflexión y la raíz de Puente Genil. Al combinar ambas influencias, la aparente contradicción se convierte en la fuente de la riqueza y singularidad de su obra.

Un poeta erigido en faro de contención y forma, frente al mar de experimentación poética. Mientras muchos de sus contemporáneos exploran la ruptura y la deconstrucción, él nos recuerda

el poder de la palabra medida, del verso que bebe de la tradición clásica sin renunciar a una voz profundamente personal. Su influencia en las nuevas generaciones es sutil, pero crucial; les muestra que la innovación no siempre reside en la demolición, sino en la reinterpretación honesta de la herencia poética.

Por eso sus versos son un ejemplo de creatividad ortodoxa. No en vano su entrega en cuerpo y alma a la docencia y la preparación académica como filólogo de la lengua, con el método y la disciplina como premisa, le han permitido distanciarse del torrente creativo en que ha devenido la poesía. Los temas abordados en sus numerosos libros están íntimamente ligados a la existencia humana en un intento de comprender el mundo y comprenderse a sí mismo.

Para el firmante de estas líneas que inician un nuevo número de *Cuadernos del Rebalaje*, significa un verdadero honor contribuir al homenaje que se le brinda a Carlos Pérez Torres. Distinción extensiva por tanto a la saga que conforman su padre, más que contrastado pintor entrañablemente unido al intenso periplo pictórico del siglo XX, como asimismo a su tío, el enorme poeta que fue Antonio Almeda. Imposible no demostrar admiración, sensibilidad y respeto por el legado artístico y cultural que esta familia ha dejado al mundo desde este rincón de Andalucía.



Chalana y marengos. Acuarela. 2002.



Fin de la faena. Óleo.



Enredado en el puerto. Óleo. 1993.



Charlando al sol. Óleo. 1988.

Recordando a mi padre

Carlos Pérez Torres

Una cosa es hablar sobre Pérez Almeda como artista y disertar sobre sus temas o su técnica intentando dimensionar la huella que dejó en los círculos de arte locales, y otra bien distinta, evocar la figura de Enrique, mi padre. La persona que encabezaba la familia, que alquilaba las casas donde vivíamos (comprando finalmente el piso en el barrio del Molinillo), que organizó aquellas vacaciones en Torre del Mar o en Rincón de la Victoria –siempre cerca del mar–, que nos enseñó y contagió su pasión por el juego del ajedrez a todos los hermanos. Quien nos permitía acceder a diario al espectáculo mágico de verlo sentado frente al caballete abordando, paso a paso, todo el proceso seguido en la creación de un cuadro: el boceto a carboncilla, la disposición de los óleos en la paleta y el olor a aguarrás, las primeras manchas de color, el acabado final y la capa de barniz.

Yo tuve la suerte de conocerlo desde tres perspectivas diferentes: como profesor, coincidí a lo largo de un curso escolar en el claustro de un centro de Ciudad Jardín en el que él era el director; como organizador de eventos artísticos me tocó en varias ocasiones preparar sus exposiciones antológicas y escribir artículos sobre su evolución como pintor; y como jugador en torneos de ajedrez, oficiales y oficiosos, tuve la oportunidad de comprobar –y de sufrir– su capacidad combinatoria y su extraordinaria solidez y resiliencia. Es decir, fui compañero suyo en el colegio, comisario de muestras sobre su obra, y rival en algunas competiciones ajedrecísticas, contemplando justamente los tres ángulos que mejor encuadran su perfil y su trayectoria: su profesión, su vocación y su mayor afición.

La constancia en la relación epistolar que siempre mantuvo con su hermano Antonio (el poeta Antonio Almeda) fue indicativa de su vinculación afectiva y de sus numerosas colaboraciones artísticas, ya que Enrique aportó dibujos a plumilla en varios de los libros de su hermano, y este escribió diversos textos para los catálogos de sus exposiciones. En la hermosa semblanza “Por los pueblos y la mar”, que se publicó en el libro que quedó como testimonio del grupo de siete pintores que Pérez Almeda fundó en 1987, escribe Antonio sobre la pintura

de Enrique, a propósito de un cuadro titulado Trío de barcas lo siguiente:

La luz sobre el agua es inexorable, súbita, siempre cambiante. No es luz, son destellos, deslumbramientos, luz hiriente, fogonazos. Hay que pintar aprisa, hacer el cuadro en una sola sesión, no más de una hora. Dejarlo para mañana sería empezar de nuevo, sería otro cuadro. La luz sobre el mar excluye toda posibilidad de retención, de memoria.

Este texto explica bien el temperamento artístico de mi padre cuando se enfrentaba al motivo elegido in situ, apostado directamente tras el caballete, utilizando los pinceles como una prolongación de sus dedos que buscara atrapar, en duelo rápido, una reinterpretación personal de la naturaleza.

Por cierto, aquel Trío de barcas terminó colgado en las paredes de mi casa, con esta anotación autógrafa al dorso: “A mi hijo Carlos en su onomástica, con cariño. Málaga, 4-XI-1987.”

Conservo de él unos recuerdos muy gratos cuando ambos participamos como actores en el documental Buscando a Jorge (Cedecom, 2007), que rastreaba el paso por Málaga del pintor irlandés George Campbell, un entrañable amigo suyo. Tanto en las escenas que grabamos en el Mesón Los Vikingos de Pedregalejo como la que se rodó en su estudio de pintor, aparecen mis padres, Enrique y Juanita, y ahora que ya faltan los dos, es una oportunidad de volver a verlos en acción y en plena vigencia de afectos y facultades.

Los últimos años sesenta, con residencia en



El cuadro, naciendo.

la calle Villafuerte de El Palo, cuando mi padre trabajaba como maestro en el colegio del I.C.E.T., fueron fructíferos en cuanto al acercamiento definitivo de sus intereses pictóricos al mundo pesquero y la vida y actividades de los marengos. Esa temática nunca lo abandonó a lo largo de las casi cinco décadas que siguieron cimentando su trayectoria artística. Incluso en la que fue su última exposición en vida, titulada Luz mediterránea (Ámbito cultural, 2009), mi padre dedicó una sección completa al mundo del mar y los temas de pescadores captados en plena faena, y la primera exposición póstuma que dedicamos a su memoria (I.E.S. Christine Picasso, enero 2013) llevó el significativo título de Pueblos y Mar.

Enrique supo dejar huella de su paso por el mundo, y su personalidad marcaba una estela de respeto y afecto. Muchos de los compañeros maestros, ajedrecistas, pintores, vecinos que lo conocieron y lo quisieron, lo añoran y lo recuerdan como un hombre cordial y cariñoso, generoso y entregado, sencillo en el trato y constante en el esfuerzo y el trabajo. Agradezco especialmente la iniciativa de la asociación cultural Amigos de la Barca de Jábega de dedicarle un número monográfico porque constituye un acto de justicia para con un pintor un tanto olvidado ahora por los círculos oficiales, aunque las crónicas artísticas en la hemeroteca de los años 70, 80, 90 y 2000 recogían siempre su frenética actividad expositiva refiriendo su nivel de excelencia y su progreso indiscutible, su evolución.

Yo he tenido siempre presente a mi padre a la hora de ilustrar mis libros. En tres ocasiones iluminan sus portadas sendas acuarelas ("Rumores de la Plaza de San Francisco", "Nico y Aurora, y otros relatos malagueños" y "Antología privada"), y una cuarta portada nos ofrece una plumilla muy sugerente ("Ruegos y preguntas"). También varios óleos y plumillas, e incluso un grabado sobre linóleo, han sido utilizados en páginas interiores en títulos como "Relatos del impostor" o "Sobre el papel", y al final los lectores de mis relatos y mis poemas tienen acceso a lugares tan emblemáticos de Málaga como la Plaza de la Merced, el Llano de la Trinidad, la Catedral, etc., a través de la visión y el estilo de Pérez Almeda. Mención aparte merece el caso de "Notas al margen" (un libro que presentó en Madrid Luis Alberto de Cuenca), donde un óleo de Pérez Almeda figura en la contraportada, siendo una de las 24 obras elegidas como inspiradoras de relatos basados en personajes femeninos.

El relato inédito que presento aquí goza del privilegio de ser profusamente ilustrado por cuadros suyos, todos de tema marinero, una de sus predilectos de siempre, y por eso agradezco que se me haya dado la oportunidad a mí de glosar su mundo artístico y personal, y de incluirlo, además, como un personaje secundario fundamental en el mencionado relato, que es el que sigue a continuación, y que espero que sea del agrado de los lectores.



Con mi padre, presentando una exposición suya en la Casa de la Cultura de Puente Genil, octubre 1996.



Barcas varadas. Óleo. 1998.



Rincón de la Victoria. Acuarela. 2002.



Playa de Benajáraf, II. Óleo.



Preparativos. Óleo.

La última raya del mapa

Carlos Pérez Torres

I

El contacto con el mundo marinerlo lo mantengo porque el pescado que servimos en La última raya lo traemos casi a diario de la lonja de La Caleta, y todas las fotos que decoran las paredes aquí las he rescatado del archivo familiar. Antes que yo, tres generaciones de varones con el mismo nombre, Francisco, y el mismo primer apellido, Salinas, que es el que ha marcado la línea sucesoria y la relación, incluso simbólica, de mi familia con el mar, se han curtido en la vida dura del marengo, y han aguantado el frío de las madrugadas, han combatido el calor sentados en la arena de la playa mientras gobernaban las artes preparando las redes, y desde luego han tragado con los sinsabores de los malos días y, desgraciadamente, también han sufrido las irremediables tragedias en noche de mala mar.

II

Mi padre, a quien todos conocían como Paco el de Rosa, era un bicho raro entre los marengos de Pedregalejo, quienes lo admiraban porque era un hombre cultivado en cierta medida y con el tiempo llegó a ser patrón de barco; le gustaba el arte, y pasaba mucho tiempo leyendo, especialmente poesía. Algo así jamás se había visto entre tanto trabajador humilde, curtido por el salitre entre el vaivén de las olas y alejado casi por instinto del sentido del ritmo y la musicalidad de las palabras.

Entabló una amistad un poco anacrónica, pero muy entrañable con don Enrique, que, además de mi maestro, era pintor, un artista vocacional que con mucha frecuencia se acercaba por las tardes hasta la arena donde faenaban o sesteaban los marengos para pedirles permiso para hacerles fotos, a ellos, a sus aparejos, a las barcas, al conjunto que componían cerca del rebalaje y frente al horizonte. Basándose en esas fotos, pintaba luego unos cuadros extraordinarios.

En casa de mi madre está todavía el óleo que don Enrique le regaló a mi padre, porque,

Nosotros siempre hemos vivido en El Palo, y hemos faenado en las playas de Pedregalejo. El título de esa plumilla por la que algunos parroquianos me preguntan es justamente Playas de El Palo; está fechada en 1971 y don Enrique se la regaló a mi padre porque sabía que le gustaría el detalle de los nombres: Carmen es el nombre de mi madre; Rosa, el de mi abuela; y Juanita era la esposa de don Enrique. Yo lo recuerdo a él como maestro porque en aquellos lejanos años 70 yo era alumno del colegio del I.C.E.T., muy cerca de lo que fue el mítico restaurante Casa Pedro, y don Enrique fue mi tutor en los años de 4º y 5º de Primaria, cuando yo era todavía un chava sin preocupaciones ni responsabilidades, y apenas consolidaba el aprendizaje de los primeros números y las primeras letras.

consciente por igual de su amor por el arte y de su precaria situación económica, no consintió que le pagara ni una peseta por él. Está colgado en el salón, frente a la butaca donde ahora ella, pobrecita, pasa tantas horas casi sin poder moverse, así que lo mira mucho y a veces se le escapa alguna lágrima mientras lo hace, rememorando el naufragio, seguramente. Y pronunciando una y otra vez, con un hilo de voz, aquella frase que a mis hijos, Alberto y Yésica, les parecía tan misteriosa cuando la visitaban y ella estaba todavía activa y podía ejercer de abuela:

¿Y la caracola, dónde habrá ido a parar la caracola?

Lo que de verdad resultaba misterioso para mí cuando la oía quejarse repetidamente era comprobar de cerca y en primera persona el modo en que la mente humana puede apoyarse en cualquier detalle mínimo, cualquier objeto, para intentar sobrellevar mejor una pérdida tan grande.



Cuidando a Carmen. Óleo. 2002.



Gobernando las artes. Óleo. 2002.

III

Para un trabajo académico, Yésica está tratando de reconstruir el árbol genealógico de la familia, y ayer estuvieron aquí, en la taberna, ella y Alberto, los dos interrogándome todo el rato. Ninguno de los dos sabía nada de mi bisabuelo Frasco, ya que apenas existen registros y tampoco hay fotos de la época ni nada; yo solamente sé que era dueño de una jábega que tenía rotulada con el nombre de María, que quizá fuera su madre, porque su esposa (con quien tuvo un único hijo varón, Francisco Salinas Martín, mi abuelo) se llamaba Manuela.

Entonces ese bisabuelo tuyo es nuestro tatarabuelo, ¿verdad?

Sí. Mi bisabuelo Frasco es quien comenzó en la familia la tradición marinera, creo. Y si sé algo de él, de su carácter, es gracias a las inclinaciones poéticas de mi padre, el abuelo Paco.

Después de los primeros días del duelo, con mi madre aún con la mirada perdida y arrasada por tanta lágrima, cuando mis hermanas Carmen y Mar me ayudaban en la tarea de hacer limpieza y poner orden en las cajas y en las carpetas de mi padre, aparecieron unos papeles que llevaban su firma y que supusieron, en un principio, una sorpresa para todos, y luego toda una revelación, tras el análisis literario que hizo a petición mía don Gerardo, un profesor de literatura de la Universidad que antes venía mucho por La última raya. Me habló de un par de relatos, pero hizo un hincapié especial en los tres poemas de tema marinero. Uno de ellos –y por eso me he acordado de esto ahora– se titulaba *Semblanza del abuelo*, y recuerdo que me impresionó cuando lo leí.

El primer eslabón de la cadena lo tenemos

fácil: Francisco Salinas González, o sea tú, se casó con Catalina Pardo Calderón, o sea mamá, y los hijos somos nosotros dos –dijo Yésica, queriendo retomar los apuntes para su trabajo.

Mi padre, Francisco Salinas García, se casó con Carmen González Merino, y la descendencia fuimos mi hermana Carmen, la mayor; yo, que soy el de en medio; y la tía María del Mar –dije yo, continuando la cadena.

Los nombres no pueden ser más marineros –hizo notar Alberto.

Eso, siempre. ¡Menudo era Paco el de Rosa, patrón de barco! Carmen, por la patrona; yo con el nombre obligado para seguir la saga familiar; y Mar, ¡cómo no!: la Mar, mejor dicho –sentencié entonces, entre risas.

Los chicos tenían más lagunas a partir de ese punto, y tuve que darles los datos de mis abuelos.

Francisco Salinas Martín, marinero, dueño de una modesta chalana, que acabó montando una pescadería. ¿A que eso no lo sabíais?

¿Y con quién se casó? –preguntó Alberto, interesado.

Con Rosa García Gil, una mujer de carácter. Y tuvieron cuatro hijos: Francisco (mi padre), Carmen, Vito y Aurora.

Cuando llegué a casa y le conté a Katy que los niños habían estado en La última raya haciéndome preguntas, intuí por su media sonrisa que ella ya sabía algo al respecto.

¿No eras tú quien decía que las únicas redes que ellos conocen son las redes sociales? Pues mira, ahora están empeñados en reconstruir la línea paterna de la familia, y les interesan de pronto los asuntos del mar y los temas de pesca.



Barcas junto al torno.



Sacando el copo, I. Óleo. 1983.



Mi jábega María. Óleo. 1985.

IV

Por aquellos años yo no era más que un chiquillo, uno de los alumnos de menos edad en la clase de don Enrique, y no llegaba a comprender cómo la vasta realidad, llena de casas, carreteras, personas, animales, pueblos, ríos y campo podía encerrarse o siquiera representarse en aquellos planos gigantescos que colgaban de las paredes del aula, desplegando unas veces sus formas y colores, y permaneciendo otras veces enrollados junto a los armarios, o encima de la pizarra que don Enrique siempre rotulaba tan artísticamente usando tizas de colores, con la fecha y una máxima o lema con el que comenzar las reflexiones y las enseñanzas del día.

Una tarde, al terminar la hora de las permanencias con las que los maestros se ganaban un dinerillo suplementario con clases vespertinas, me acerqué para preguntarle a don Enrique una última duda.

Entonces, ¿dónde estamos nosotros, don Enrique? –dije inocentemente, señalando al mapa.

Málaga está aquí, ¿ves el nombre? –me respondió él, atusándose el bigote y señalando después el punto correspondiente del sur-. Nosotros estamos en la última raya del mapa, y por eso podemos ver el mar.

Cogió una de las láminas del mapa físico de España y, tomándome de la mano, recuerdo

perfectamente que me condujo por entre los tornos de los pescadores y las barcas varadas que descansaban paralelas sobre la arena y bajo la luz de la tarde, hasta la mismísima orilla, donde me pidió que me quitara las humildes alpargatas que llevaba, y él mismo se descalzó de sus zapatos y se quitó los calcetines.

Y así, el maestro con sus pantalones remanados como si fuera un marengo más y el alumno con sus pantalones cortos, anduvimos un trecho por las playas de El Palo, mojándonos los pies en la espuma del rebalaje mientras continuábamos el diálogo interrumpido un rato antes. Yo acabé relacionando el mar con la extensión azul de los mapas, y me figuro que fue entonces cuando empezó a gustarme de verdad la geografía, que durante el resto de mi escolarización pasó a ser mi asignatura favorita.

Recuerdo la sonrisa de mi padre cuando se lo conté, y el entusiasmo con que me aseguró que aquella frase de don Enrique de “la última raya del mapa” era pura poesía, una imagen espléndida sustitutiva de “playa”. Y por eso cuando, tantos años después de aquel episodio tan intrascendente y a la vez tan lírico, me encontré en la tesitura de buscar un nombre adecuado para mi taberna, no lo dudé un instante.



Varando la barca. Plumilla, 1981.

V

Paco el de Rosa era el patrón de barco más respetado en toda su zona. El Marejada era un barco con una cabina pequeña, y una tripulación variable entre tres y cinco marineros. Aquella temporada habían localizado la pesquera en aguas catalanas, con base en San Felú de Guixols, y salidas ocasionales por otros caladeros de la Costa Brava.

Los supervivientes le contaban después a mi madre los pormenores de aquella mañana y aquella misma tarde, antes de la mala mar que trajo la enorme tormenta desde las primeras horas de la noche. Las cosas que dijo, todo lo que hizo, el almuerzo a base de pescado fresco y vino tinto, las bromas y la simulación que hizo del jaleo que se formaba en las subastas de la lonja. Paco estaba de buen humor por las buenas capturas que llevaba varios días cosechando, y en su rato de asueto incluso consiguió atraer la atención de todos –cosa rara– por el título del libro que estaba leyendo y del que empezó a recitar algunos versos: *Marinero en tierra*.

Este libro lo escribió un tal Rafael, que era del Puerto.

¿Del Puerto de Málaga, jefe? –preguntó alguien.

No. Del Puerto de Santa María.

Nadie supo explicar a ciencia cierta cómo

un marinero tan experimentado al timón y al gobierno de su barco pudo verse envuelto en aquel remolino que acabaría causando la zozobra y el hundimiento del Marejada. Imagino las escenas de descontrol y de puro terror al intentar ocupar los botes salvavidas en mitad de la noche, sucumbiendo a las olas gigantes y la lluvia cegadora.

Antoñito, el miembro más joven de la tripulación, tampoco pudo salir a flote, así que la tragedia fue doble, y los llantos se multiplicaron cuando los dos cuerpos fueron hallados al día siguiente flotando boca abajo. Nunca olvidaré el desgarró de mi madre, Carmen, y de mi abuela Rosa, con aquellas expresiones de desamparo y de dolor extremo, en la oscuridad del velatorio, donde todos parecían querer rebelarse ante la rotundidad de unas muertes tan arbitrarias y tan injustas.

Tengo bien grabadas escenas de mucha desesperación en aquella sala, con numerosa presencia de la comunidad de marineros de El Palo, gentes sencillas, de buen corazón, muy solidarias en el sufrimiento. Y junto al presidente de la Cofradía de Pescadores y su brazalete de luto, la figura elegante de don Enrique, con su impecable traje negro, dándonos a todos un pésame muy sentido.



Sacando el copo, II. Plumilla, 1987.



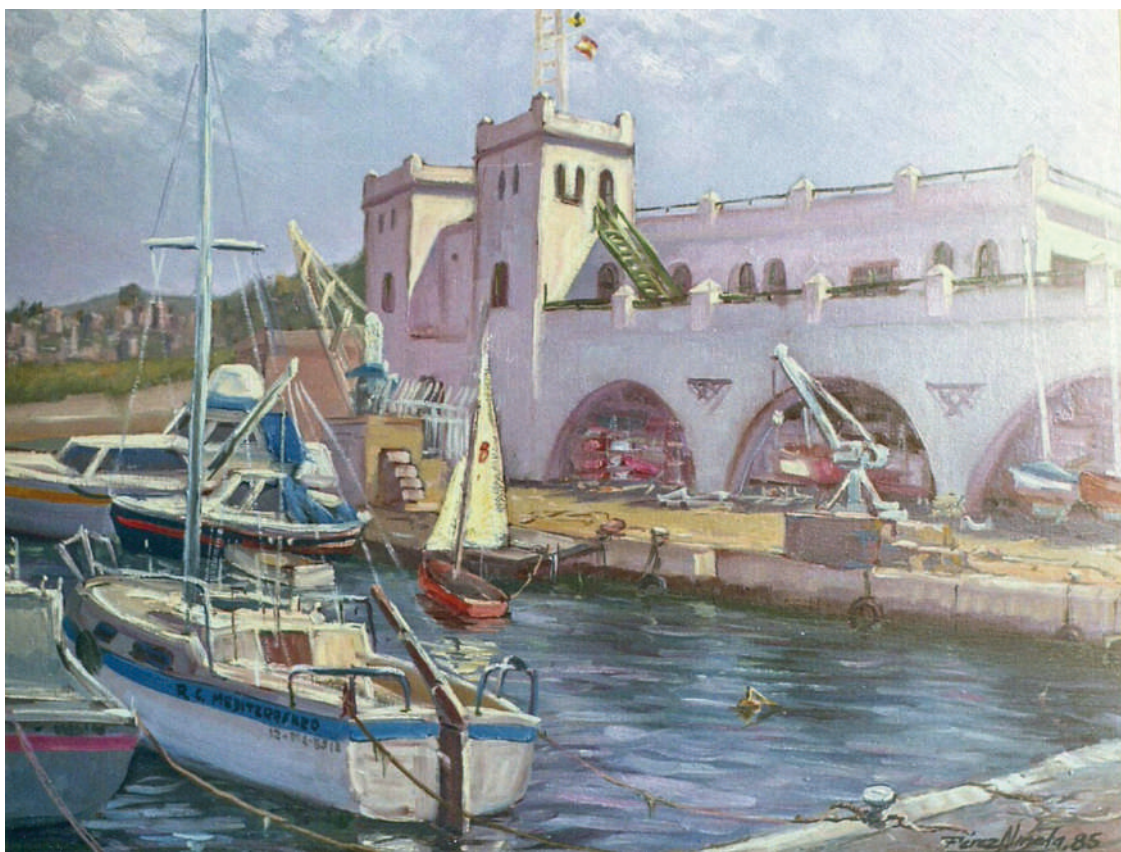
Preparando la barca. Óleo. 1991.



Real Club Mediterráneo. Óleo. 1967.



Rebalaje. Óleo. 2002.



Real Club Mediterráneo. Óleo. 1985.

VI

En varias fotos de la taberna tengo a mi abuelo joven, faenando con su chalana, y a mi padre, joven también, en los tiempos en que me hacía madrugar para que viera a los marengos sacando el copo y me hacía fijarme en su esfuerzo, remangadas las sudorosas camisas, tirando de la tralla con las gruesas cuerdas alrededor de sus pechos y espaldas, y, a veces, cuando la captura era mayor, me permitía la recompensa de llevar a casa una bolsita con jureles o sardinas. Cuando miro esas fotos no es fácil imaginarse a ese hombre lejos de las redes y las embarcaciones, totalmente ajeno a las casetas con los aperos de pesca. No es fácil concluir que quien tantas veces se aislaba en su cuarto embebido en la lectura de sus libros de poesía era el mismo hombre, mi padre.

Poco después de la desgracia fue cuando don Gerardo insistió en que valía la pena dar a conocer su trilogía de sonetos sobre el mundo de la pesca, y me pidió permiso para publicarlos en una página web con textos de creación y crítica literaria que administraba la Universidad. Después de muchas idas y vueltas, finalmente accedí, con la condición de que junto a su nombre completo como autor, figurara también el sobrenombre con el que era conocido entre sus vecinos.

Así es como quedó todo:

SEMBLANZA DEL ABUELO

Por brújula y pasión, su rumbo diario
buscando con tesón buena pesquera;
por norte, su timón imaginario,
un símbolo de su alma marinera.

Ajeno a maldiciones y al mal fario;
así yo lo recuerdo, así lo viera
– testigo silencioso involuntario –
aquel ojo pintado en la madera.

La jábega – su mundo y su latido –
era su embarcación y era su modo
de respirar y amar, y, sobre todo,

de darle al tiempo un poco de sentido,
dejar su rostro, ajado a barlovento,
curtirse en el salitre y frente al viento.

PESCA NOCTURNA

El manto de la noche, gris y malva,
se oculta en sus matices de negrura
y, envuelta nuestra barca en su espesura,
rogamos a la mar pesca a mansalva.

El ciclo que nos mata y que nos salva
es fruto del sudor y la aventura,
y el copo y su balance de captura
saludan la primera luz del alba.

El brillo de los peces es de acero
y plata, con espuma incorporada
y el beso entre las redes de la arena.

Y es que hoy ha sido bueno el caladero,
a salvo de oleaje y marejada,
tranquilo, en calma chicha y luna llena.

A BORDO

Asómate a cubierta ahora y ponte
de frente a la extensión que nos espera.
Ensay a una mirada marinera
para ir del rebalaje al horizonte.

Adulto ya aquel niño polizonte
que andaba por el muelle y la escollera,
hoy mi último recuerdo es la primera
imagen de bahía, puerto y monte.

Imprégname de sal y olor a brea,
entierra tus temores en la orilla
y sea lo que quiera Dios que sea.

A punto de zarpar. ¡Qué maravilla:
la proa, contra el viento y la marea,
mordiéndole a las aguas con la quilla!

FRANCISCO SALINAS GARCÍA
(Paco el de Rosa)



Buscando buena pesquera. Óleo. 1986.



Remendando las redes. Óleo. 1978.



Viejos marengos. Óleo. 1975.

VII

Aquel domingo yo no esperaba visitas de nadie tan temprano. Mar sabía que yo no abría la taberna, claro, y cuando sonó el timbre y después la vi en el quicio de la puerta tan sola y tan llorosa, no pude evitar preocuparme. Katy estaba en la ducha y cuando salió, empezó a preparar el desayuno para los tres.

Los días cinco de abril de cada año seguían siendo difíciles de asumir, pero el recordatorio de la fecha del naufragio y la muerte de nuestro padre la habían puesto en aquella ocasión más triste de la cuenta. Además, traía algo envuelto con cuidado, entre burbujas de plástico, dentro de una bolsa.

Siento habérselo ocultado todos estos años, pero fui yo quien cogió la caracola –dijo Mar, y ante mi estupor y nuestro silencio prolongado, continuó:

¡Me recordaba tanto aquellas veces en que me sentaba en sus rodillas y me pedía que escuchara el ruido del mar...! –acertó a musitar antes de revelarnos entre sollozos una frase que le impactó y que le venía a la memoria vívidamente en días como aquel:

Tu nombre está aquí dentro.

Katy estuvo bien, rápida de reflejos, y poco después nos hizo reír a los dos con sus comentarios y con la representación del teléfono de los Picapiedra.

Mamá siempre decía que en la estantería donde papá colocaba sus libros, la balda de

arriba estaba rematada, a un lado, por una lámpara de petróleo de las que había utilizado en la cabina del Marejada, y al otro lado por esta caracola, presidiéndolo todo –apunté yo.

Además, él, que tanto hablaba de poesía, siempre sacaba a relucir los nombres de revistas con evocaciones marineras: Litoral, Caracola...

¿Os acordáis de su amigo don Enrique, el pintor? –terció Katy entonces.

¡Claro, el bueno de don Enrique! Imposible olvidarme del maestro que una vez me llevó de la mano hasta la última raya del mapa.

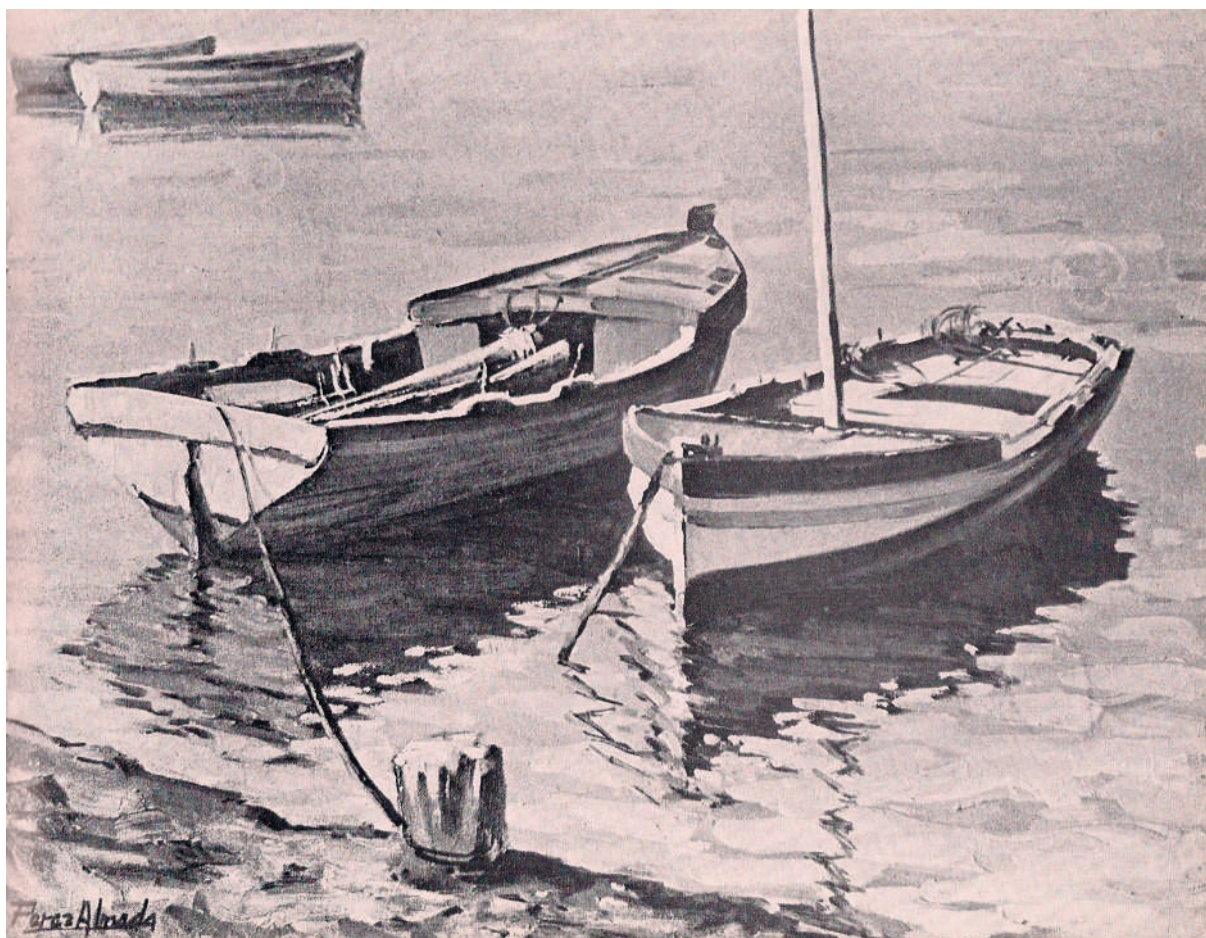
Pues resulta que su hermano Antonio era poeta, y una tarde me leyó un poema suyo que hablaba de unas barcas en la orilla con nombre de muchacha, y del copo y las playas..., y era precioso.

La mañana se fue yendo sin sentir, y, al final, a propuesta de Mar, llamé a Carmen y organizamos una visita improvisada de los tres a nuestra madre. “Esta misma tarde”, le dije a la cuidadora cuando hablé con ella.

Pero no le diga nada. Queremos que sea una sorpresa.

El aura de una fecha triste, por una vez, me hizo sentir extrañamente a gusto en compañía de mis hermanas, y una sensación como de herida recién restañada nos convenció de que no habría una ocasión mejor para que nuestra madre supiera, por fin, dónde había ido a parar la caracola.





Barcas en reposo. Óleo. 1973.



Misión cumplida. Plumilla. 1979.



Estampa marinera, I. Óleo. 1992.



Estampa marinera, II. Óleo.



Junto a la jábega. Óleo. 1979.



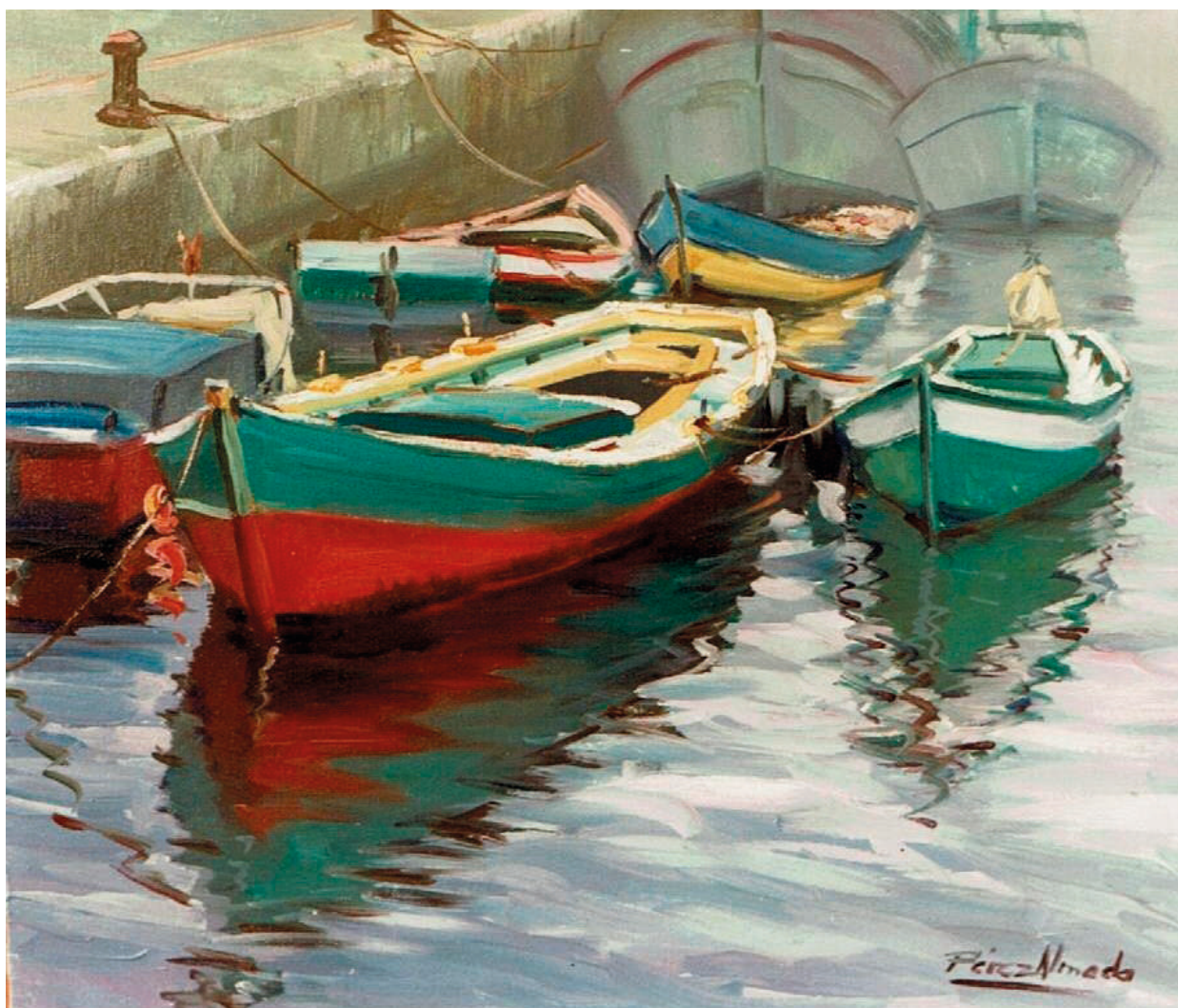
La remienda. Óleo. 1986.



Pescaderías (Puerto de Málaga), I. Óleo.



Pescaderías (Puerto de Málaga), II. Óleo.



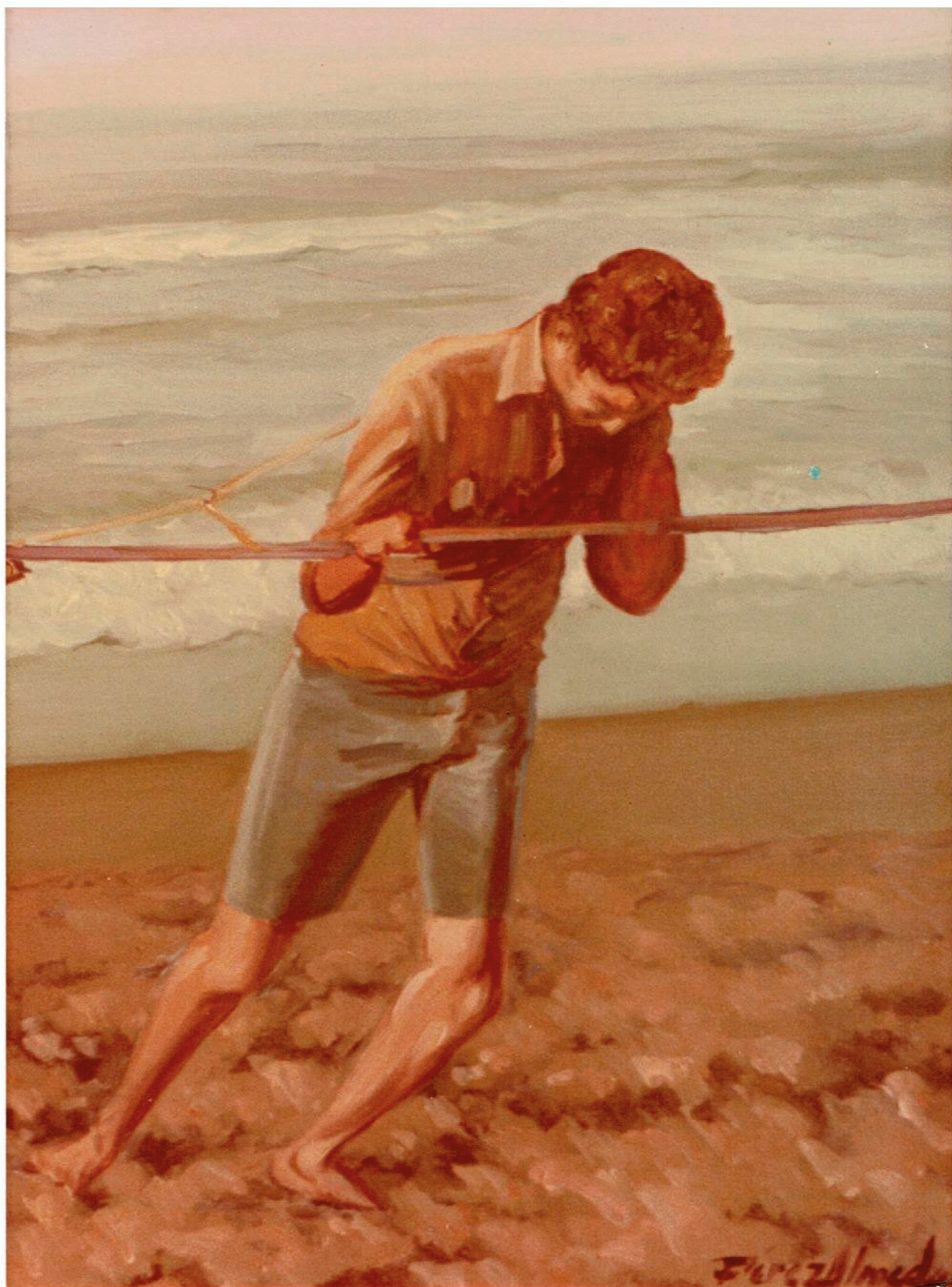
Reflejos. Óleo.



Tiempo de descanso. Óleo.



Cenachero. Óleo. 1986.



Tirando de la tralla. Óleo.



Enrique Pérez Almeda pintando al aire libre. Málaga, 1967.

Enrique Pérez Almeda

(Puente Genil, 1928 – Málaga, 2012) fue un pintor de referencia en el ambiente cultural de Málaga, ciudad en la que vivió ininterrumpidamente desde 1946 hasta su fallecimiento. Desarrolló con entusiasmo y constancia su actividad pictórica entre los años 1955 y 2007, destacando especialmente como un pintor formado en la escuela neo-impressionista y dotado con excelentes facultades y depurada técnica.

Llegó a realizar casi 100 exposiciones individuales, y numerosas colectivas, en muy diversas poblaciones españolas. Su obra figura en pinacotecas (Colegio Universitario, Liceo, Diputación... de Málaga, Unicaja, Cajasur...) y en importantes colecciones privadas de todo el mundo. Se encuentra representado en diez museos andaluces, entre ellos el Museo Provincial de Bellas Artes de Málaga, y el de Artes Populares, también de Málaga. Es Diplomado en Expresión Plástica por la U.N.E.D. (1974). Fue fundador en 1977 del grupo "Pintores Malagueños Contemporáneos". Ilustró algunos libros de poesía y narrativa. Fue miembro fundador del Círculo de Bellas Artes "Nuevo Siglo" (1991), y coordinador en un tiempo de su Área de Pintura. Miembro de las Asociaciones de Acuarelistas y de Artistas Plásticos de Málaga. En abril de 2016 se abrió en su pueblo natal de Puente Genil (Córdoba) un espacio museístico con una muestra permanente de su obra: la Sala Pérez Almeda.



Carlos Pérez Torres

(Málaga, 1958) Es poeta y narrador. Licenciado en Filología, con las especialidades de Inglés y de Lengua y Literatura Españolas. Ha hecho lecturas de su obra literaria en los Ateneos de Madrid, Málaga y Córdoba, además de otros lugares emblemáticos de Málaga, como el Liceo, el Círculo de Bellas Artes, el Museo del Patrimonio, el Centro Cultural de la Generación del 27, y múltiples bibliotecas, casas de cultura e institutos de la provincia.

Como narrador, ha sido incluido en el volumen 1 de la antología “27 cuentos de narradores malagueños” (Centro Cultural Generación del 27, Málaga, 1997) y en la antología “Todos con Proteo, 45 creadores españoles” (Ediciones del Genal. Málaga, 2022); y como poeta, ha sido incluido en la antología “Andalucía en el verso, Biznaga de Poesía Andaluza” (ediciones DePapel, Córdoba, 2012). Ha participado en muchas ediciones de la Feria del Libro de Málaga (2008, 2013, 2018, 2019, 2021, 2022, 2023, 2024, 2025), y en dos ocasiones en la Feria del Libro de Madrid (2019 y 2024).

En su trayectoria destacan los siguientes títulos:

Temblo (2000), *Razón de convivencia* (2006), *Nico y Aurora* (2008), *Relatos del impostor* (2016), *Un curso para recordar* (2018), *Antología privada* (2019), *Notas al margen* (2022), *Mala conciencia* (2023), *Siempre alerta* (2024), *Horas de insomnio* (2024) y *Mi clase* (2025).

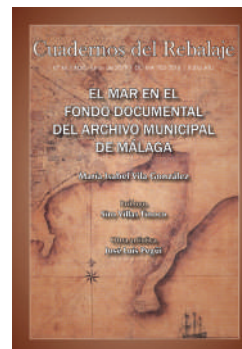
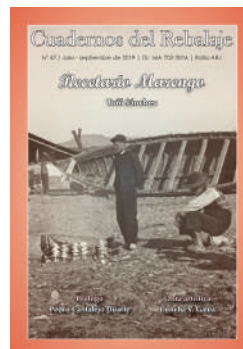
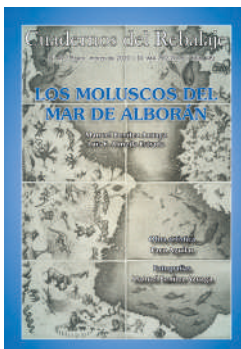
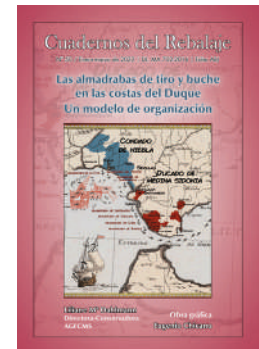
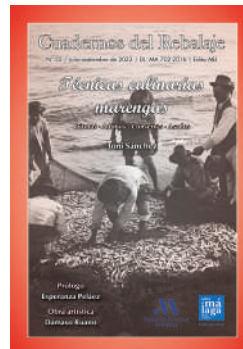
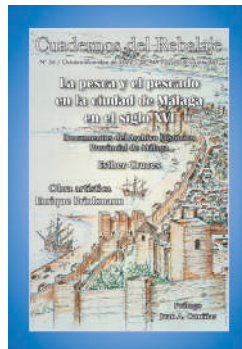
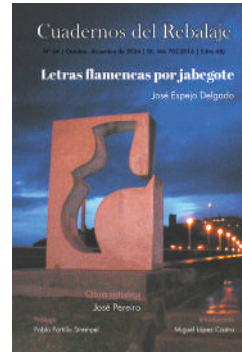
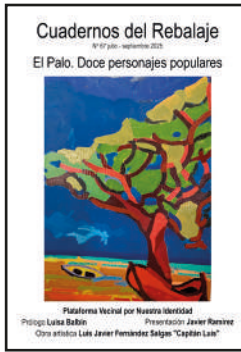


Joaquín Palmerola Cánovas

(1949) Es periodista *freelance* y desde muy joven comenzó a colaborar en periódicos y revistas de la época como corresponsal en Málaga, al tiempo que se colegiaba como árbitro de fútbol y se curtía en Arte Dramático, bajo la dirección de Ángeles Rubio-Argüelles. En 1967 obtuvo el Premio Nacional de Teatro Juvenil. Tiene estudios de psicología y publicidad (UNED), y el máster “Dale Carnegie”. Durante 25 años trabajó en la industria farmacéutica. En 1978 editó la revista de humanidades “Málaga-Flash”. En 1981 obtuvo la VIII y la IX Tribuna Poética Andaluza, con sendos poemas de su creación. En 1983, obtuvo el Premio Paternina de Periodismo, por una serie de artículos publicados relacionados con el vino. Como poeta ha publicado (“Pláticas con el aire”, 1977), “Atlas de cercanías” (2018) y “Tiempo evaporado” (2022). Su actividad como escritor también va dando regularmente frutos con libros monográficos a modo de documentados reportajes o crónicas sentimentales, y títulos como:

- *El tiempo es calderilla* (recopilación de artículos, 1980).
- *Málaga y la Radio* (2011).
- *Halagüeña y Exquisita, Málaga entre lo humano y lo fantástico* (2014).
- *Málaga y los Libros* (2020).
- *Glosario ideológico para asalariados españoles y lusos* (2021)
- *Horacio Seguí – El Fotoperiodista revelado*, una emotiva biografía sobre la trayectoria profesional y humana de un gran reportero gráfico (2022).
- *Historias de Pintores* (2023).

Colección Cuadernos del Rebalaje





En este número de *Cuadernos del Rebalaje* se unen de manera singular la creación literaria y la obra plástica. El escritor **Carlos Pérez Torres** rinde homenaje a su padre, el pintor **Enrique Pérez Almada**, con un relato inédito que dialoga con una selección de sus obras caracterizadas por el color y la luz de las playas malagueñas.

La unión de ambas expresiones artísticas provenientes de la sensibilidad de un mismo entorno familiar aportan un valor añadido a la revista y enriquecen la colección.



Entorno

Nos une un #FuturoIlusionante

Nos une el *entorno*

fundacionunicaja.com

Fundación
Unicaja